

DONNOVAN
YERENA



Sin título
Grafito sobre papel
35,6 x 27,9 cm
2023

Mi lengua es músculo hasta que cierro la boca: el nombre del ser amado en la poesía homosexual

Somos seres únicos e independientes, percibimos nuestro entorno a través de los sentidos y creamos significados al nombrar lo que vemos, olemos, sentimos, oímos y probamos. Construimos redes, comunidades, familias, hogares, grupos de amigos con base en nuestra percepción del mundo y de nosotros mismos. Nuestras conexiones se forjan en el río de infinitas posibilidades que conforman al ser, nuestro ser se configura dentro de la inmensidad del otro, la bendita y tan codiciada otredad.

Uno de los mayores espacios en el que podemos estrecharnos y enlazarnos los unos con los otros es la literatura, y en mayor condensación, la poesía. Un poema es la ventana a un departamento recién arrendado, es la carta de presentación de un vendedor novato, incluso puede ser la persona que responde del otro lado del teléfono.

Llamas para preguntar por Pedro, tu pretendiente, pero no contesta él sino su padre, y se te llena la cara de arrepentimiento y la boca se ensaliva en vergüenza y apenas puedes gesticular un silencio que casi te delata.

—Bueno, ¿quién habla?

Pero no dices nada, quieres preguntar por Pedro, hablar con él, ser de él. Y de nuevo callas. Se te escapa un susurro nervioso de los labios que te expone.

—Bueno, ¿hay alguien ahí?

—Sí, hola, soy Francisco... Ummm...

¿El amigo de Pedro?, ¿un conocido de Pedro?, ¿su compañero de trabajo, ayudante, abogado? No te decides, tartamudeas. Hola, habla el casi algo de Pedro, señor. O, bueno, no casi algo, nos conocimos en Jardín Wateke hace seis meses, hemos salido varias veces y conversamos sobre las plantas que su mamá le regala cuando viene de visita, sobre mis gatos y su perico Salomón; tenemos planes de vivir juntos, sí, ya sé que suena precipitado, señor, pero créame cuando le digo que su hijo es el amor de mi vida...

—¿Bueeeeno?

La saliva se hace costra en tus muelas y la piedra que se forma cae hasta tu estómago obligándote a decir:

—Número equivocado, disculpe.

Y cuelgas. Cuelgas para no volver a llamar, cuelgas para no tener que enfrentarte al silencio que marca tu sentencia, cuelgas para pasar a ser uno más de los tantos hombres que colgaron la llamada de la libertad. Para algunos de estos hombres, esa llamada colgada son versos que se esconden en huecos que pueden ser llenados por lo esperado.

Sin título
Grafito sobre papel
20.9 x 27.9 cm
2021



Regresando a la acción de nombrar, los versos deciden no llamar por su nombre el amor entre dos hombres, la pasión y el deseo. De hecho, lo publican bajo el nombre de “La realidad y el deseo” y esa realidad son *Los placeres prohibidos*, de Luis Cernuda.

Cernuda perteneció a la Generación del 27, al lado de escritores como Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Pedro Salinas y García Lorca, su confidente. Se le percibía como un hombre fino y elegante, de trato frío a consecuencia de su perfeccionismo y, creo, de una verdad sabida que les escalaba la lengua a pedazos. Sin embargo, su preferencia sexual no fue escondida e incluso dignificó lejos de la banalidad su condición. El ensayista Víctor Mora recuerda en “Florecer será un crimen” que:

Federico García Lorca creó el concepto de “epentismo”. Él era epéntico. Un sintagma adjetival encriptado, referencia oculta a la forma de ser y desear que aún en tiempos republicanos se mantenía proscrita. Una estrategia de comunicación con allegados para hablar (sin decir) sobre lo que se prohibía nombrar. Lo epéntico podía ser, quizá, además de apunte a orientaciones clandestinas, aquello que emerge de pronto, de improviso, como significativo espontáneo en un contexto que ni lo espera ni, desde luego, aprueba formas disidentes de existencia. (Mora, 2019).

Sabemos cómo Federico fue perseguido, castigado y sepultado. Sabemos el motivo. ¿Queremos saber si la clandestinidad le fue suficiente? Quizás a Luis Cernuda sí, o quizás no. ¿Lo sabremos? Tal vez, si leemos sus poemas y lo imaginamos frente a nosotros pueda decirnos si le bastó o no. Pero como eso no es posible, recurro a sus poemas y dejo que me diga lo que tanto quiso y no pudo, o no le permitieron, o no le alcanzó el verbo. Uno de sus poemas dice que:

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
 si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo [...]¹
 Iguales en figura, iguales en amor iguales en deseo.
 Aunque solo sea una esperanza,
 porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe.²

1 De: “Si el hombre pudiera decir lo que ama”.

2 De: “No decía palabras”.

Y yo pienso en lo que un hombre siente por otro, con la esperanza de que sea recíproco. Me llena de esperanza la dicha de saberse correspondido, de responder a la incógnita del deseo con aquello que todos saben: el amor. El ser amado, el mío, el tuyo, el nuestro, el que nos arrebataron, el que perseguimos en sueños y al que le dedicamos versos que no llegan, llamadas que son colgadas y maletas que se cierran sin ser siquiera preparadas.

¿Qué hay de aquellos tiempos en los que no podía ser, aunque se quisiera con todas las fuerzas? Probablemente todos escribiríamos:

Yo sería al fin aquel que imaginaba;
 aquel que, con su lengua, sus ojos y sus manos
 proclama ante los hombres la verdad ignorada,
 la verdad de su amor verdadero.
 Libertad no conozco sino la libertad de
 estar preso en alguien.³

Hace unas semanas me quedé de ver con un amigo poeta para tallerear unos textos. Cuando me leyó sus poemas noté algo muy particular, una cadencia casi imperceptible pero presente. Nombró (con nombre y apellido) a su ex, en tres ocasiones:

recuerdas José Olivares / que nos conocimos / en una fila para orinar / esperaba detrás de ti / y Lucha Villa / una mujer transsexual / grotesca / cantaba vestida de rojo / teníamos ganas de morirnos / tú llevabas un overol / y habías maquillado / tus ojos con brillantina / y yo celebraba / la publicación / de mi primer poemario... **recuerdas José Olivares** / que siempre teníamos tiempo / aunque tuvieras ensayos en el teatro / para vernos / para acostarnos / para ser felices con tan poca cosa / con las películas de Tom Ford / con el sushi y con las dietas... y **recuerdas José Olivares** / un día lo mandamos todo a la mierda / y te fuiste a Oaxaca con alguien más / parecía que eras feliz / bailaba tu cerebro / como el cerebro de Pina Bausch

Platicamos sobre esta necesidad, de nosotros los homosexuales, de versar en torno a nuestro amor, que no quede a interpretaciones lo que por mucho tiempo fue un secreto. Trajimos sobre la mesa a Cernuda y a sus versos que tan bellamente se resguardan en el anonimato. *Ahora son otros tiempos*, decía mi

3 De: "Si el hombre pudiera decir lo que ama".

amigo Jesús después de limpiarse el bigote con una servilleta mal doblada. Ahora no nos da pena decir qué nos gusta, ni nos condena la verdad y hasta nos empecinamos en hacerlo notar. Después de pensarlo, estoy de acuerdo. Creo que escribirte, Emmanuel, José, César, Tadeo, Alberto, es un acto de rebelión, de resiliencia, de amor.

Esto lo sé por vivencia propia, me delata la experiencia. Quisiera decir que no, pero me he enamorado más veces de las que he mordido mi lengua. Cuando era más pequeño, la lengua se me entumía ante la más pequeña provocación. No sabía cómo debía decir lo que tenía por dentro. ¿Cómo se le nombra al miedo a nacer? Es demasiado tarde, ya todos hemos venido. Cuando estudiaba la secundaria me hicieron burla sobre la manera en la que pronunciaba algunas palabras, pensaban que era inútil y las maestras decían que no, que más bien el ratón me había devorado la lengua. Nunca nadie supo que en realidad había algunas palabras que ardían tanto que hacían sangrar mi lengua. Después de seis años de terapia he podido volver a decir algunas: *lichi, niño, larva, papá, pantalón, colmillo* y aunque me cuesta un poco más, logré decir *mi novio*.

Mi primer novio lo tuve a los diecisiete años. Le gustaba ir a mi casa a escuchar música de Caloncho y Little Jesus en la bocina pequeña de mi cuarto, comíamos atún y nos dábamos besos en el piso. Atún, eso lo hacía feliz. Él a mí me hacía feliz, pero nadie podía saberlo. Por eso inventé un lenguaje de señas (con emojis) que solo él y yo pudiéramos entender: un corazón amarillo y uno verde en honor a *Bálsamo*, el nuevo disco de Caloncho; un sol dibujado con líneas delgadas para decir te quiero y como si fuera su firma de atún, un emoji de pez azul. Con esos códigos podía dedicarle historias, publicaciones sin que nadie supiera más que él y yo. Una nueva manera de epentismo, de resguardar y cuidar lo que por momentos es frágil. Por eso ahora siento los poemas de Cernuda tan cercanos a mí:

Tú lo sabes, Corsario;
 Corsario que se goza en tibios arrecifes,
 Cuerpos gritando bajo el cuerpo que los visita
 Y solo piensan en la caricia
 Solo piensan en el deseo [...]
 Otros cuerpos, Corsario, nada saben;
 déjalos pues.
 Vierte, viértete sobre mis deseos...⁴

4 De: "Adónde fueron despeñadas".

Yo también lo sé, Cernuda. A mi cuerpo también lo han habitado arrecifes y me han acariciado la conciencia y el deseo, peces de todos los colores, tornasol. Y esos cuerpos, todo lo saben. Saben de amor, de calor y de cercanía. Mi Pez es testigo de esto en poemas que le escribo por aquí y por allá:

Le prometí a **Pez** que cuidaría de él siempre. Echó sus aletas sobre mis muslos y durmió un centenar. Quise correr cuando llegaron las colmenas, pero no podía, no podía perturbar sus sueños de algodón y avena. Sus dedos pintaban figurillas sobre mis vellos, un coral aquí y más allá un fósil de pescado alado. No es posible querer ser lo que no se es. Pero **Pez** era lo que quería ser. Era un pez. Hice mis manos cuna y lo guardé dentro. Los abejorros rompieron mi piel, escarbaron en busca de lo mío. Oculté a **Pez** dentro de mi cavidad más profunda para que no pudieran perturbarlo. Tenerlo dentro me cosquilleaba la conciencia y me alborotaba el corazón, pero él seguía dormido. Ni siquiera se dio cuenta cuando mi cuerpo pasó a ser cúmulo de hojas anaranjadas y enredaderas moradas, mis pies se enraizaron, mi corazón se desfloró. Mi cuerpo se hizo monte, los abejorros construyeron ciudades y panales sobre mí, pero **Pez** sigue aquí dentro, durmiendo en burbujas que construí para él, alimentándose de la miel que escurren mis extremidades. Ahora yo soy tu hogar.

Hoy, después de muchos poemas, de muchos amores, muchas manos, muchas miradas en la calle, comentarios en el metro, difamaciones; luego de tantos golpes, sangre, muertes, pérdidas, puedo decir que escribir sobre ti, con tu nombre, me nombra a mí como un orgulloso homosexual, dispuesto a amar por todos aquellos que no pudieron y tuvieron que recurrir a los eufemismos, a las reuniones clandestinas, a poemarios dedicados a medias, a cartas que no llegan, a llamadas que se cuelgan solas. Ahora sé que la lengua es más fuerte cuando se palpita más de tres veces al día, cuando sale de la guarida en busca de nuevas formas de decir *te quiero*. Me nombro con tu nombre en el pecho, en el papel, y en mi aliento, para que nunca más se tenga que decir que:

Con la voz última que aún abran mis labios,
Diré amargamente cómo te amo.⁵

REFERENCIAS

- Cernuda, L. (2008). *La realidad y el deseo*. Valencia: Renacimiento.
- Mora, V. (2019) ¿Quién teme a lo queer? – Florecer será un crimen. “1 de cada 10” en 20 minutos. Disponible en: <https://blogs.20minutos.es/1-de-ca-da-10/2019/06/07/florece-sera-un-crimen/#more-8507>

5 De: “Adónde fueron despeñadas”.